

# HOMENAJE A MIGUEL

(Carta a D. Carlos Robles Piquer)

Por JAIME CAMPANY

Mi querido director general y amigo:

Tú sabes que somos un pueblo a veces demasiado cicatero y a veces demasiado generoso. A veces amontonamos los homenajes sobre un Ticio o un Sempronio que nos cae en gracia, como si quisiéramos enjaezar un asno poniéndole albarda sobre albarda, y otras veces cubrimos a alguien de reproches y sólo de reproches o le sepultamos bajo la terrible fosa del silencio. En este país no llueve para todos igual, y según donde te coloques, o donde caigas o donde te pongan, que es peor, te llueven palos o te llueven brevas.

Lo normal es que uno merezca algo de las dos cosas y que cada homenaje deba tener su sombra de reproche y cada reproche deba tener también su parte de homenaje. Algunos espíritus claros y justos se ejercitan en esa aplicación de la justicia: a mí me gusta poner de ejemplo, cuando de estas cosas hablo, el homenaje y reproche a Ortega, que nos dejó José Antonio, y que sería difícil de escribir en un momento en que unos aburrían a don José a fuerza de homenajes y otros le fastidiaban a fuerza de reproches. Ya sé que eso de la justicia distributiva y de dar a cada uno lo suyo, es perfección que difícilmente alcanzamos los hombres y que sólo recibiremos de la Justicia divina; pero creo que a eso debemos tender, y que esa es una de las más hermosas metas que puede proponerse un hombre o un pueblo y uno de los más excelsos propósitos que puede acometer el espíritu humano.

Tú sabes también que quienes en este país se dedican a estudiar, a enseñar o a cantar, reciben los palos con más facilidad y en mayor abundancia que las brevas. Pocas veces las derechas han dejado de mandar aquí, y los estu-

diosos, los profesores, los artistas y los poetas, no han sido nunca santos de la devoción de las derechas españolas. Las derechas españolas han tenido de siempre desprecio y horror a la cultura, al arte y a las letras, al mismo tiempo que un apasionado apego y amor al dinero. Los madrigales y los sonetos siempre han estado en nuestra Patria a un precio más bajo que el de los langostinos. Y el mester de juglaría siempre ha sido entre nosotros mester de pobres. Las derechas españolas han perseguido con especial ahínco a sus enemigos, cuando sus enemigos estaban aplicados a cultivar el poco rentable campo de la creación y la inteligencia.

Vengo a decirte todo esto porque creo que los españoles tenemos contraída una enorme deuda, al menos de gratitud, con todos o casi todos los compatriotas nuestros que entregaron su vida a labores del espíritu. No sólo les tenemos viviendo a la cuarta pregunta, sino a veces les regateamos la poca o mucha gloria que merecen. Hay casos en que nuestra gratitud habitual se hace tan rigurosa y extremada que todos debiéramos hacer penitencia sobre ella. Estoy pensando, querido director general y amigo, en aquel poeta que nació en una tierra que casi es la mía, que escribió la poesía más brava del castellano del siglo XX, que tuvo una vida pobre y una muerte triste y que se llamó Miguel Hernández.

Miguel Hernández ha pasado por ser, desde hace treinta años, un "poeta rojo". Miguel Hernández fue uno de los desbocados y sublimes huracanes poéticos que desató la guerra: anduvo por los frentes recitando poemas a los soldados y escribió "Viento del pueblo". Después vivió y cantó cautivo, y murió consumido por la tisis. Fue pastor y poeta, que son

dos maneras duras de ser pobre y estar solo, y yo tengo para mí que su memoria debe responder ante la sociedad de muchas menos acusaciones de las que la sociedad debe responder ante su memoria.

La vida y la obra de Miguel Hernández merecen, sin duda, algunos reproches; pero Miguel recogió una cosecha de reproches y de silencio (¡qué espinosa y qué terrible es la cosecha de silencios!), cuya semilla no sembró su mano ni su pluma. La vida y la obra, y la muerte, de Miguel Hernández, merecen, creo yo, una larga cosecha de homenajes, y de esa no le hemos dado aún ni un solo grano. "Tengo estos huesos hechos a las penas", dijo. ¡Y a las penas siguen, bajo la tierra, hechos!

Pienso que los versos y la muerte de Miguel Hernández están lo suficientemente lejanos en el tiempo para que podamos hacer, serenamente, justicia. Para que podamos rendirle el primer homenaje nacional que tanto tiempo le debemos. Y pienso que sería hermoso hacer ese homenaje de tal manera que se quedasen muy abajo y muy débiles tanto las voces de quienes recrudescerán los reproches inevitables como las voces que quisieran hacer de su nombre y su recuerdo una acusación odiosa. ¿Será eso posible?

Te pido mi querido Director General y amigo, para aquel rayo de la poesía castellana llamado Miguel, a quien tantos españoles hemos leído y tan pocos hemos confesado, la primera rosa, justa y oficial, de un homenaje que vuela por el viento en calma de nuestro pueblo en paz.

(Publicado en "Arriba", de Madrid, el día 16 de diciembre de 1967)